

LA IZQUIERDA Y LA UNIDAD

«**L**A unidad, por sí misma, no significa nada». Georges Marchais, secretario general del Partido Comunista Francés, pronunció esta frase el martes 7 de enero ante los micrófonos de una emisora francesa. El Partido Comunista está denunciando desde hace tiempo los delitos de lesa unidad que cometen los grandes dirigentes del Partido Socialista: Ataca ahora a su misma cumbre, a François Mitterrand, por cubrir con su silencio a sus compañeros; es decir, le acusa de compartir los mismos puntos de vista con respecto a la unión de la izquierda. El sábado 11, «L'Humanité» —órgano central del PCF— repetía en grandes titulares sus acusaciones. Para los socialistas, las acusaciones comunistas se deben a una campaña «que tiende a dar a entender que el Partido Socialista está dispuesto a hacer soportar a los trabajadores las consecuencias de la crisis del capitalismo mundial». La derecha, mientras, salta de júbilo. Y de autosatisfacción. Una gran parte de esta ruptura verbal —el programa común sigue en vigor y los acuerdos con fines electorales, también— se debe a un cierto maquiavelismo de la «derecha inteligente», o «civilizada», como se dice entre españoles.

LA unidad... El Gran Espíritu de la izquierda no suele presentarse a las invocaciones. Carlos Marx hizo de ella la base política de su doctrina: «Proletarios de todos los países, uníos». Ya la I Internacional marcó la desunión, la querrela. Y las heridas de la segunda no se han cicatrizado jamás. Puede uno hacerse la pregunta de si hay un impedimento básico en la doctrina de las izquierdas que impida, que haga prácticamente imposible cualquier unidad. Los Frentes Populares europeos han sido efímeros y marcados por la discordia. El español no supo mantener su unidad ni siquiera en los tiempos en que la amenaza de eliminación les era común: en la guerra civil; no la han conseguido en su larga desgracia del exilio, menos aún en la clandestinidad. Los ideólogos, teóricos o prácticos, de la izquierda encuentran mayor facilidad en hacerse comprender, en llegar a puntos de coincidencia o a acuerdos, aunque sean coyunturales, con ciertas fuerzas de la derecha, con ideólogos «burgueses», que con sus compañeros de la izquierda. Las viejas llagas parece que no se cierran nunca; el viejo lenguaje se repite una y otra vez.

LA derecha es más fácil a la unión, aunque sea coyuntural. Los zarpazos que se dan entre sí los distintos grupos derechistas hacen poca sangre. Tienen quizá un mayor sentido de la unidad forzosa y obligatoria, o una mayor visión de cuál es su mejor forma de defensa —y de ataque—. Quizá ello le dé poca flexibilidad. A la hora de tomar decisiones, no las toma, y deja correr el tiempo, con peligro considerable para sí misma, por miedo a perder las bases de los denominadores comunes. Puede llegar a ser un «rigor mortis». Su cadáver puede llegar a ser yerto, rígido y entero, con tal de no practicar en algunos momentos alguna que otra operación quirúrgica. Está, sin duda, en su naturaleza. La derecha es, obvio es decirlo, conservadora. Toda su ideología puede reducirse a esto: Que nada pase que pueda poner en peligro sus intereses. Que nada cambie, que nada se mueva. Paradójicamente, este miedo al cambio puede hacer peligrar sus verdaderos intereses. Lo prefieren. Son la quintesencia del materialismo práctico.

DIRIAMOS que la izquierda es todo lo contrario. Todo lo contrario de materialista es, por ahora y en lenguaje corriente, espiritualista. Aceptemos el vocablo. La izquierda tiene teóricamente por misión defender también unos intereses: los de la clase a la que pertenece o la que adopta. Pero su propia esencia es la de poner siempre en duda, la de no aceptar verdades absolutas. Si la derecha es una lógica positiva, la izquierda es una lógica crítica. Se encuentra ante unas sociedades creadas por la derecha, heredadas por esta derecha actual de sus antepasadas las derechas históricas, las que siempre han gobernado y conformado la sociedad siglo tras siglo, y su obligación es discutir o criticar; no aceptar los dogmas, las verdades impuestas, el orden establecido,

las situaciones sostenidas. Tanto puede desarrollar la izquierda este sentido crítico, esta busca de vías nuevas para sustituir las establecidas, que forma parte de sí misma el espíritu crítico. Se critica a sí misma. Habría tantas fórmulas de izquierda como hombres de izquierda.

HABRA que pensar si ésta es su verdadera fuerza. Su capacidad para lo plural, para el libre examen, para sopesar las verdades que otros aceptan. Habrá que pensar algo que a los políticos de la izquierda les parecerá muy duro: Si la momificación diaria y continua de las sociedades, el progreso social en su verdadero sentido, no será algo que la izquierda tiene que hacer siempre desde la oposición, presionando sobre los estratos gobernantes de la sociedad. Rosa Luxemburgo parecía intuir algo de esto cuando escribió que «el camino del socialismo está empedrado de derrotas» (lo escribió en vísperas de ser asesinada, convirtiéndose así su cuerpo en una piedra más de ese camino); es decir, que derrota tras derrota, matanza tras matanza, represión tras represión, el camino de la izquierda se va haciendo sin llegar nunca a ocupar el poder. Cuando lo ocupa, no muy frecuentemente y como excepción histórica, la misma izquierda se vuelve conservadora. La Unión Soviética está dirigida hoy por conservadores, como lo está México, a pesar de que el partido gobernante se llama revolucionario y hace abundantes profesiones de fe izquierdistas, como Echeverría en estos tiempos.

LA frase de Marchais es bastante certera. La unidad por sí sola no quiere decir nada. Lo que hay que buscar es la forma de «elevar el grado de calidad de la unión de la izquierda». La campaña del PCF trata de dar «una nueva batalla por la unidad». «La unidad es un combate, y ha sido siempre un combate. Hemos partido de cero. Cuando, por primera vez, con Waldeck Rochet, hemos propuesto un programa común, la respuesta socialista en aquel momento ha sido: "Un programa común de gobierno jamás". Pero hemos llegado a él al cabo de diez años. En diez años, la unidad de voluntad de este país ha sido suficientemente fuerte, incluso dentro del Partido Socialista, para llegar a la firma de un programa común. Con la misma convicción abordamos la nueva batalla en favor de la unidad». Ciertamente, los partidos comunistas son tenaces, aun tozudos; perseverantes hasta aceptar el martirio. Pero no todo en esta unidad de ahora se debe a su tenacidad: una gran parte es coyuntural. Los socialistas, los radicales de izquierda, se mantuvieron suficientemente alejados del Partido Comunista durante la época de la guerra fría como para poder sobrevivir, y se aproximaron a los comunistas cuando creyeron que el anticomunismo estaba pasado de moda. Es decir, en la época de Allende en Chile. La Unidad Popular chilena contribuyó mucho a la unión de la izquierda en Francia (Mitterrand se fue a Chile a estudiar la fórmula), y la caída y destrucción, a sangre y fuego, del sistema de Allende contribuyen bastante a este nuevo distanciamiento de los socialistas. Temen que, otra vez, unirse a los comunistas sea alejarse del Gobierno, o crear un Gobierno que pueda ser asesinado. Las noticias que llegan de Portugal son parecidas. Entre el Partido Socialista y el Comunista hay diferencias de las que no se puede decir que son cada vez mayores, porque lo que suponen es un regreso a la desconfianza de antes del movimiento. El propio Partido Socialista de Soares se ve ahora escindido a su izquierda por una fracción; pequeña, pero significativa. Las elecciones de marzo —quizá abril— están dando miedo a la izquierda.

LA tentación para los socialistas franceses es ésta: Si se escinden de los comunistas, pueden entenderse con la derecha gobernante, la derecha abierta y reformista que pretende crear Giscard. Desde ella se les está llamando. Ciertos temas esenciales de su programa propio son más fáciles de conectar con el programa abierto de Giscard —abierto, porque pretende la creación de una nueva sociedad: la aparición de una nueva sociedad en la que no cambien de manos más intereses que



Hace diez años que los comunistas propusieron, por boca de Waldeck Rochet, a los socialistas la elaboración de un programa común de gobierno para Francia. Aquella primera propuesta fue rechazada por los socialistas. Ahora, la unidad, tan duramente conseguida, parece de nuevo amenazada. (En la foto, Rochet con Mitterrand, durante una reunión entre ambos partidos, en 1968.)

los necesarios para aumentar los intereses de la misma clase que parece abandonarlos— que con el Partido Comunista. Algunos de los prohombres del Partido Socialista —Deferre, el viejo Guy Mollet— han gobernado ya con las derechas, y con unas derechas bastante más cerradas que las actuales. El mismo Mitterrand tiene ya experiencias personales de las alianzas con la derecha. Y es lo suficientemente frío como para saber que a pesar de que hoy la izquierda unida cuenta con mayor número de votantes en Francia que cualquier forma de la derecha, acercarse al Gobierno con un par de ministros comunistas en la mano puede ser peligroso. Peligroso política y diplomáticamente, bajo las amenazas de Washington como capital imperial —que está haciendo su escarnio en Portugal—, y peligroso físicamente. La idea de que Francia no es Chile sólo se sostiene desde un punto racista y de superioridad. Chile tampoco era este Chile hasta hace poco más de un año: Creía que era una democracia ejemplar en América Latina. Y Francia dejó de ser la Francia civil que presume ser eterna, definitivamente, en varias ocasiones recientes de su Historia: Las bombas de la OAS fueron graves, y su amenaza de tomar el poder y crear un fascismo estuvo a punto de convertirse en realidad. Si no les engaña De Gaulle... ■

Hemos dado ahora los españoles en el gusto de comparar. Lo que hasta ayer era situación única, peculiaridad, originalidad, tiene hoy paralelos que al que los describe le parecen identidades. Como aquellos que se extasian ante

LOS
CONTEMPORANEO

EL BASTARDO EN EL CASTILLO

un bebé y le van identificando con sus antepasados ("Tiene las naricitas de su padre... Y los ojos de su abuelo..."), los españoles encuentran en el presente rasgos del pasado. Las discusiones políticas tienen mucho de cabalística: "No olvide usted que después del año 1874 vino 1875...". "Sí, pero 1930 atrajo inevitablemente 1936...". Hay quien se preocupa ante la posibilidad de que comencemos ahora los dieciséis años de doña María Cristina. Se buscan rasgos entre los políticos. ¿Quién será Cánovas, quién Sagasta? Hay quien piensa que Fraga es un nuevo Bugallal. "Aquí hace falta un Bugallal", he oído decir. La verdad es que Bugallal no hizo falta ni siquiera en su tiempo.

Otras veces las comparaciones no son en el tiempo, sino en el espacio. ¿Podría ser Areilza un Giscard d'Estaing? ¿Ruiz-Giménez no haría un buen Carmanlis? ¿Quién sería Spínola? (La voz admonitoria recuerda: "No hay que olvidar que detrás de cada Spínola hay un Costa Gomes, como detrás de cada Nogués hay un Nasser...") "Tenemos pocos Allendes, pero muchos Pinochet", dice el "progre" pesimista. Hay evocadores de Romanones, buscadores de Lerroux (lo curioso es que nadie piensa que Gil Robles podría ser Gil Robles). La sombra del doctor Albiñana cruza por corredores nocturnos. La iluminan los fogonazos de los disparos entre carlistas y liberales, las antorchas de Numancia y los relámpagos sobre la Invencible en el Canal de la Mancha.

Y lo terrible es que cada vez

nos parecemos más a nosotros mismos, y que nuestro tiempo se asemeja con terrible insistencia a nuestro tiempo. Para parecernos a lo de entonces o a lo de lejos, no cambiamos nuestra situación, sino que distorsionamos las otras.

Contamos mal la historia y la información del extranjero, para llevar las aguas a nuestro molino. Y así nos encontramos cada día con que, además de ignorar lo que somos, ignoramos lo que son los demás y lo que fueron nuestros antepasados políticos. La confusión se amontona a la confusión. Contribuyen a ella notablemente los articulistas políticos, sobre todo aquellos que utilizan sobrenombres arrancados a la historia, como prueba de lealtad.

Nada más angustioso que pasearse por esta galería de retratos, buscando rasgos genéticos como hacen nuestros brillantes profetas del pasado (¡Qué bien se gobierna el pasado en este país!), como los bastardos invitados al castillo, estudiosos de la fisonomía. Nadie quiere inventar: nadie se atreve a inventar. ¡Qué miedo da! Todo tiene que hacerse dentro de, con respecto a, teniendo en cuenta que, no olvidando lo que, pensando en quien. Nunca ha sido el español muy imaginativo ni muy fantástico. En política, la fantasía y la imaginación pueden estar penadas por la ley.

Ir en este gran vehículo mirando no al frente, sino a las imágenes del espejo retrovisor, es una aventura fallida de antemano. Nos estrellaremos. Pero no nos estrellaremos contra un obstáculo del pasado, como creen nuestros profetas invertidos, sino contra un obstáculo del porvenir. Que nadie verá porque todo el mundo camina mirando hacia atrás. Como la mujer de Lot. Cuya desgracia personal me parece inútil volver a contarla aquí. ■

POZUELO